

Sobre José Asunción Silva

Miguel Cané dejó un retrato de Bogotá en 1882¹. Al llegar a la capital, durante el segundo año del primer gobierno de Rafael Núñez, lo primero que vio fue la plaza de San Victorino, un viernes, día de mercado. Una multitud de indios impide el paso al carruaje desde donde los ve: «mirar uno es mirar a todos. El eterno sombrero de paja, el poncho corto hasta la cintura, pantalones anchos, a media pierna y descalzos». Bogotá tiene calles estrechas, casas bajas, un caño rodeado de gallinazos, un Jockey Club que acoge al diplomático, la plaza principal con una pequeña estatua de Bolívar («un cuadrado de una manzana, sin un árbol, sin bancos, frío y desierto»), un pequeño square Santander, setenta mil habitantes, leprosos, iglesias y el *Altozano*, donde se reúne *la creme de la creme* bogotana: «Altozano es una palabra bogotana para designar simplemente el atrio de la catedral». Allí se habla de política, de negocios, de levantamientos y de literatura: «Una bolsa, un círculo literario, un areópago, una *coterie*, un salón de solterones, una *coulisse* de teatro, un forum, toda la actividad de Bogotá en un centenar de metros cuadrados: tal es el Altozano».

Allí conoció Cané algunos de los intelectuales de la época: Diego Fallon, «el inimitable cantor de la luna vaga y misteriosa»; José María Samper que «ha escrito seis u ocho tomos de historia, tres o cuatro versos, diez o doce novelas, otros tantos de viajes, de discursos, estu-

¹ El escritor argentino Miguel Cané (1851-1905), publicó en 1883 un libro sobre su estadía en Colombia como primer representante diplomático de la República Argentina en Bogotá. Reproducido en *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, Bogotá, marzo 4, marzo 11, abril 1 de 1979.

dios políticos, memorias, polémicas»: Rafael Pombo, «un hombre que ha hecho soñar a todas las mujeres americanas con unas cuartetas vibrantes como las quejas de Safo»; José M. Marroquín, Rufino y Ángel Cuervo, Miguel Antonio Caro que ha «venido a aumentar la falange humana en suelo colombiano, su espíritu ha nacido, se ha formado y vive en pleno Madrid del siglo XVI». Cané menciona a otros. En el Altozano ha visto u oído de Camacho Roldán, Alberto Urdaneta y Ricardo Silva, el padre del poeta.

Cané admira a estos escritores, así no comparta sus ideas políticas, casi todos ellos conservadores. Admira su facilidad para improvisar y cita a Pombo y a Gutiérrez González como ejemplos de espontaneidad con el verso: «Fáciles!... he aquí el rasgo característico intelectual de los colombianos. No es posible imaginarse una espontaneidad semejante. Aturden, confunden. En una mesa, cuando, a los postres, el vino aviva la inteligencia y la alegría común hace chispear el cerebro, ¡qué irrupción de cuartetas, décimas, quintillas». Eso es, dice después, «bogotano puro. La facilidad, la precisión, la soltura del verso».

En 1882 sólo faltaban tres años para que Núñez anunciara, después del combate de La Humareda, que la constitución de Rionegro había dejado de existir, Silva tenía, al inicio de los gobiernos de Núñez en 1881, dieciseis años. A los dieciocho viajaría a París y Londres, regresando a Colombia en 1885. En plena juventud no sólo conocía el mundo europeo y sus rápidos cambios sociales y culturales, sino que presenciaba el triunfo de «la civilización» frente a «la barbarie», y el comienzo de una larga noche de oscurantismos y de sucesivos craks financieros que favorecerían la aparición de los monopolistas. La más feroz de las castas políticas colombianas se entronizaba en el poder, de donde sólo «saldría» casi medio siglo después con la llegada a Olaya Herrera al gobierno. Como dice Germán Tellez², entre 1880 y 1930 surgió una clase social proletaria para cuya presencia nadie estaba preparado y cuya irrupción en la vida urbana tuvo hondas consecuencias de todo orden.

El país que Núñez arruinaría ideológicamente, tenía altos índices de analfabetismo. Ese país y su educación la entregaron los Regeneradores a la Iglesia, a través de la Constitución de 1886 y el Concordato de 1887. El artículo 38 de la primera dice: «La religión católica, apostólica, romana es la de la nación. Los poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada como elemento esencial del orden social»; y los artículos 12 y 13 del último: «En las universidades y en los colegios, en las escuelas y en los demás centros de enseñanza, la

² «La arquitectura y el urbanismo en la época republicana». Manual de historia de Colombia, tomo II, 496.

educación e instrucción pública se organizará y dirigirá en conformidad con los dogmas y la moral de la religión católica. La enseñanza religiosa será obligatoria en tales centros y se observarán en ellos las prácticas piadosas de la Religión Católica. Por consiguiente, en dichos centros de enseñanza los respectivos ordinarios diocesanos, ya por sí, ya por medio de delegados especiales ejercerán el derecho, en lo que se refiere a la religión y a la moral, de inspección y de revisión de textos. El arzobispo de Bogotá designará los libros que han de servir de textos para los demás planteles de enseñanza oficial. El gobierno impedirá que en el desempeño de asignaturas literarias, científicas y, en general, en todos los ramos de la instrucción, se propaguen ideas contrarias al dogma católico y al respeto y veneración debidos a la iglesia».

El triunfo de la religión sobre la vida y la cultura fue de tal magnitud, que como en una renovada edad de la fe, desde mediados del siglo pasado hasta el retorno al poder de los liberales, en el país se construyeron casi medio millar de templos, algunos de ellos de proporciones gigantescas. «En noventa años —dice Tellez³— se construyó tanta o más arquitectura religiosa en el país que en todos los tres siglos de la colonia, y esto en un periodo marcado por la inestabilidad política y la pobreza amenazante».

En este año de la expedición del Concordato (1887) morirá el padre de Silva, dejando una herencia dudosa. Cuatro años más tarde, en 1891, después de la muerte de su hermana Elvira, Silva revolucionará la tradición poética en español al escribir *Nocturno*. A la tragedia nacional que representaba el triunfo de la reacción, Silva debió agregar, hasta su muerte, sus fracasos económicos.

II

No sabemos exactamente cuando redactó Silva *De sobremesa*, pero debió reescribirla después del naufragio del *Amerique* (28 de enero de 1895), donde perdió el original junto con otras partes de su obra. En la novela, José Fernández dice que hace ocho años compuso el diario que lee a sus amigos y podemos calcular su edad si recordamos que cuando Fernández conversa con Nelly, la americana, él confiesa tener veintiseis años, lo que a la fecha de la lectura nos depararía unos treinta y cuatro años para el protagonista. *De sobremesa* debió ser reescrita entre marzo de 1895 y mayo de 1896, mes y fecha de la muerte del poeta. Silva tenía al morir treinta y un años, tres menos que su personaje.

³ *Ibid.*, 558.

Nadie duda que Silva puso en Fernández rasgos de su personalidad y su vida, al tiempo que hacía soñar al protagonista con algunos de sus deseos. Fernández, más que un retrato de Silva, es su mejor fantasía. Rico, hermoso y gran poeta, vive rodeado de refinamientos y lujo, pero atormentado, como Leonardo da Vinci⁴, por alcanzar la totalidad, por abarcarlo todo. De allí resulta que en plena juventud Fernández haya agotado los caminos que conducirían a la felicidad.

«Es que como me fascina y me atrae la poesía, así me atrae —dice a uno de sus amigos al principio de la novela— y me fascina todo, irresistiblemente: todas las artes, todas las ciencias, la política, la especulación, el lujo, los placeres, el misticismo, el amor, la guerra, todas las formas de la actividad humana, todas las formas de la vida, la misma vida material, las mismas sensaciones que por una exigencia de mis sentidos, necesito de día en día más intensas y delicadas.»⁵

Esta ansia totalizante le ha hecho estudiar lenguas vivas y muertas, filosofías, historia, las formas del arte de todas las épocas y todos los países, probar drogas y saciarse en multiplicidad de cuerpos obtenidos con engaño o con dinero. Una de las metáforas más interesantes de la novela la construye el lector al descubrir como el pasado, el diario que hoy lee Fernández, es el presente del autor. José Asunción Silva o José Fernández llegan por este camino a despreciar el arte, la literatura y la fe en el destino. Solo consideran válidos, por último, los placeres carnales, las realizaciones meramente materiales, los negocios y el enriquecimiento fácil. En ellos anida un deseo de poder incontenible. La búsqueda de la belleza y de las formas es un camino en la obtención del poder. Todos los medios son lícitos para alcanzarlo. Su plan para dominar el país suramericano⁶, que como un telón de fondo sobre el escenario de los viajes y las ciudades europeas aparece en la novela, resultó histórico. Quien lea el sueño de Silva-Fernández con detenimiento, podrá encontrar que su plan ya se había realizado: Núñez había llegado al poder utilizando más o menos las armas y medios con que sueña Fernández-Silva.

⁴ Refiriéndose a los libros que encontraron en la habitación de Silva la mañana de su suicidio escribe Sanín Cano: «Sin embargo, los que se acercaron primero a su lecho de muerte observaron de prisa. A más del libro de D'Annunzio había allí *Trois stations de psychothérapie*, de Maurice Barres, y un número de *Cosmópolis*, la revista trilingüe que se publicaba en Londres en aquellos tiempos. El libro de Barres contiene un estudio sobre Leonardo de Vinci. El número de *Cosmópolis* tenía un artículo sobre la ciencia de De Vinci. En *El triunfo de la muerte* buscaba el poeta datos sobre el hombre del Renacimiento, en las páginas que D'Annunzio le dedica al *superhombre* de Nietzsche. Silva estaba preparándose para escribir sobre de Vinci». *Poesía y prosa*, José Asunción Silva, Biblioteca Básica Colombiana, Colcultura, 1979, 604.

⁵ *Ibid.*, 144.

⁶ *Ibid.*, 180.

El José joven, el de las iniciales angustias en sus primeros meses de vida en Europa, es una María Bashkirtseff que todavía cree en el poder del arte para expresar las visiones que la vida cotidiana impide contemplar. Ella es «un espejo fiel de nuestras conciencias y de nuestra sensibilidad exacerbada», pero ella es, y es lo que importa, el ejemplo superior de una vida consumida en la búsqueda del placer como único camino para formar parte del universo. Fernández es a los veintiseis años un cuerpo en busca de placeres, es Silva al encuentro de los sueños eróticos y fantásticos que vislumbró y bebió en su viaje por Europa y que sin duda sació en Caracas. Fernández es el antepasado de un poeta como Jorge Gaitán Durán, ejemplar buscador del goce y atinado burgués en busca de soluciones políticas para el ejercicio del poder. Fernández-Silva sueña, al escribir su diario, con un «París más grande, más hermoso, más rico, más perverso, más sabio, más sensual y más místico». Una conciencia de sí, de lo que realmente desea, acosa a Fernández-Silva. Una conciencia que le lleva a tomar conciencia de clase, de su situación en el mundo de sus sueños y de la realidad social que le rodea. «No eres nadie —se dice—, no eres un santo, no eres un bandido, no eres un creador, un artista que fije sus sueños con los colores, con el bronce, con las palabras o con los sonidos; no eres un sabio, no eres un hombre siquiera, eres un muñeco borracho de sangre y de fuerza que se sienta a escribir necesidades... Ese obrero que pasa por la calle con su blusa azul lavada por la mujercita cariñosa y que tiene las manos ásperas por el duro trabajo, vale más que tú porque quiere a alguien, y el anarquista que guillotinaron antier porque lanzó una bomba que reventó un edificio, vale más que tú porque realizó una idea que se había encarnado en él. Eres un miserable que gasta diez minutos en pulirte las uñas como una cortezana y un inútil hinchado de orgullo monstruoso»⁷.

Fernández tiene la habilidad de irnos descubriendo *los misterios* que han encontrado los críticos en Silva. *De sobremesa* está construida cuidadosamente para mostrar el desarrollo de la personalidad del autor y los sucesivos «fracasos» de su personalidad, fracasos que son hoy su éxito. Siguiendo el texto nos encontramos con un Fernández que a los veintiún años es un artista enamorado de lo griego, que desprecia la vulgaridad de la vida moderna; un filósofo descreído, un gozador cansado de los placeres vulgares, y que busca incansable, sensaciones más profundas y finas, y un analista —he aquí la daga fundamental—, que discrimina hasta el cansancio todas sus sensaciones y todos sus conocimientos. Silva-Fernández sabe verse bien en su espejo. En un lapso de cinco años, ahora, a los veintiseis, cuando escribe el diario, su conciencia es total, no hay para qué buscar

⁷ *Ibid.*, 165.

nuevos paraísos, la búsqueda del yo ha concluido. El primero de septiembre, después de una fiesta opulenta, ofrecida por *le richissime américain don Joseph Fernandez et Andrade*, Silva-Fernández anota:

¿«Qué me importa el éxito de la fiesta... si mi lucidez de analista me hizo ver que para mis elegantes amigos europeos no dejaré de ser nunca el *rastaquore* que trata de codearse con ellos empinándose sobre sus talegas de oro; y para mis compatriotas no dejaré de ser un farolón que quería mostrarles hasta donde ha logrado insinuarse en el gran mundo parisiense y en la *high life* cosmopolita?»⁸

.....
 ¡Neotomismo de Tolstoy, teosofismo occidental de las duquesas chifladas, magia blanca del magnífico poeta cabelludo, de quien París se ríe; budismo de los elegantes que usan monóculo y tiran flores; culto a lo divino, de los filósofos que destruyeron la ciencia; culto del yo, inventado por los literatos aburridos de la literatura; espiritismo que cree en las mesas que bailan y en los espíritus que dan golpecitos; grotescas religiones del fin del siglo diez y nueve, asquerosas parodias, plagios de los antiguos cultos, dejad que un hijo del siglo, al agonizar de este, os envuelva en una sola carcajada de desprecio y os escupa la cara!»⁹

A pesar del fraude de la realidad, Fernández se realiza en el placer y en la búsqueda de la felicidad, el ideal que representa una Helena hecha de trozos de jóvenes pintadas por prerrafaelitas. Fernández da rienda suelta a todas sus fuerzas y experiencias cuando trata y comercia con mujeres, no importa su condición, su nivel social o su cultura. El cuerpo, el lenguaje del cuerpo, es lo que importa. María Legendre, la hija de un zapatero borracho y de una pobre mujer, que había sido amante ocasional de un ex-presidente suramericano, le depara el recuerdo de «caricias lentas, sabias e insinuantes de aquellas manos delgadas y nerviosas, la lascivia de aquellos labios que modulaban los besos como una cantatriz de genio modula las notas de una frase musical. Oh, el refinamiento de sensualidad, la furia del goce, la gravedad casi religiosa de todos los minutos consagrados al amor, como si en vez de tener de él la miserable noción moderna que lo relega al dominio de lo inmundo, lo sintiera ella grave y noble como una función augusta»¹⁰; la lesbiana Orloff, que al ser encontrada entrelazada con su amante, le produce un ataque de furia dónde intenta matarla, hace que escriba: «Yo, el libertino curioso de los pecados raros que ha tratado de ver en la vida real, con voluptuoso diletantismo, las más extrañas prácticas, inventadas por la depravación humana, yo, el poeta de las decadencias que ha cantado a Safo la lesbiana y los

⁸ *Ibid.*, 270.

⁹ *Ibid.*, 272.

¹⁰ *Ibid.*, 168.

amores de Adriano y Antinoo en estrofas cinceladas como piedras preciosas. ¿Celos? Sería grotesco... Odio por lo anormal... No, puesto que lo anormal me fascina como una prueba de rebeldía del hombre contra el instinto»¹¹; o Mimi Rousset, con quien después de haberse «prodigado los más groseros insultos, con toda la excitación del alcohol en el cuerpo, entremezclándolos con caricias depravadas»¹², le produce un deseo de matarla ahí mismo, ahogarla entre las sábanas; o la americana Nelly, conseguida a través del trueque de un collar de diamantes, o la colombiana Consuelo, víctima del Casto José¹³, todas ellas representan en la novela una fuente más valiosa de sensaciones que las del mismo arte o las alcanzadas a través de las drogas. El placer, la complicidad por lograr el placer de la carne, es el lenguaje que realmente vive en el mundo. «Nadie seduce a nadie, dice Silva-Fernández. Si es la idea del placer la que nos seduce... Tan ardiente era el deseo en ellas como en mí»¹⁴.

III

No ha de creerse que este mundo, salido de la vida real y las novelas europeas de finales de siglo, era extraño a los bogotanos de entonces. Ni la sensualidad, ni el refinamiento, ni los avances de la ciencia eran ajenos a los ricos de la época. Cané manifiesta su asombro al encontrarse, después de recorrer largos trechos en mula, por caminos de herradura, «durmiendo en posadas de la Edad Media», con una ciudad «de refinado gusto literario, de exquisita civilidad social y donde se habla de los últimos progresos de la ciencia como en el seno de una academia europea»¹⁵. Cané da una descripción ejemplar de las apariencias y la realidad del Bogotá de entonces:

«Llegaba al frente de una casa de pobre y triste aspecto, en una calle mal empedrada, por cuyo centro corre el eterno caño; salvado el umbral, ¡qué transformación! Miraba aquél mobiliario lujoso, los espesos tapices, el piano de cola de Erhard o Chickering y, sobre todo, los inmensos espejos, de lujosos marcos dorados, que tapizaban las paredes, y pensaba en el cambio de Honda a Bogotá, en los indios portadores, en la carga abandonada en la montaña, bajo la intemperie y la lluvia, en los golpes a que estaban expuestos todos esos objetos tan frágiles.»

¹¹ *Ibid.*, 171.

¹² *Ibid.*, 188.

¹³ *Ibid.*, 281.

¹⁴ *Ibid.*, 278, 279.

¹⁵ *Op. cit.*, marzo 11, 1979.

Cané menciona, de paso, la casa de Ricardo Silva como un lugar habitual para partidas de tresillo y recuerda cómo la mayoría de las familias principales habían viajado a Europa y especialmente a París.

«No me olvidaré nunca de aquellas deliciosas comidas en casa de don Diego Suárez, cuyo hogar hospitalario me fue abierto con tanto cariño. Nunca éramos menos de quince o veinte, y desde el primer plato, la mesa era una arena para el espíritu de los concurrentes. ¡Qué animación! ¡Cómo se cruzaban las ocurrencias más originales e inesperadas! También, ¡cómo esperar que en Bogotá encontraría una obra maestra como la bodega del señor Suárez! Los vinos elegidos por él en Europa habían triplicado de valor en su larga travesía, y cuando los degustábamos, sentíamos que aquel chisporroteo de espíritus nos impedía entregarnos a esa grave tarea con la seriedad necesaria. Pero ¿cómo hacer? Los postres servidos, todo el mundo saltaba por dejar la mesa. Cuando llegábamos al salón, una joven estaba ya sentada al piano (¿cuál de ellas no es musical?), los balcones abiertos nos invitaban a gozar de la caída de una de esas tardes frescas y serenas de la Sabana, los grupos se organizaban, llegaba el momento de las charlitas íntimas y deliciosas, y cuando las sombras venían, comenzaba la *sauterie* improvisada, el bambuco en coro, la buena música, todos los encantos sociales, en una atmósfera delicada de cordialidad y buen tono.»

Silva tenía conciencia de la época de transición que vivía, entre una sociedad de peones, fisiócratas y caudillos y la capitalista, con sus obreros, artesanos y hombres de estado, que daba golpes al pasado. Una Santafé que moría y un Bogotá que alcanzaría su esplendor bajo el gobierno de Rafael Reyes poco años después. En el prólogo que escribiera para un álbum dedicado a Fray León Caicedo, describió las diferencias entre un «Santafé dormilón, inocente y plácido de 1700, un pedazo de la vieja ciudad de la mula herrada, del espanto de la calle del Arco y de la luz de San Victorino... y el lujo de la Bogotá de hoy, de la ciudad de las emisiones clandestinas, del *Petit Panamá* y de los veintiséis millones de papel moneda... No vienen siendo —concluye Silva— las dos figuras (la del padre León y la del ministro X) como una viva imagen de la época de transición que atravesamos, como los dos polos de una ciudad que guarda en los antiguos rincones restos de la placidez deliciosa de Santafé y cuyos nuevos salones aristocráticos y cosmopolitas y cuya corrupción honda hacen pensar en un diminuto París?»¹⁶.

IV

Sobre la vida de Silva se han escrito, como acontece en estos casos, más páginas prescindibles que rescatables, la mayoría de ellas

¹⁶ *Op. cit.*, 303, 304, 305.

dedicadas a escudriñar su vida íntima, más que en sus personajes poéticos, o en sus máscaras, como es común llamar los mundos que el poeta agrega al universo literario de una lengua. En Silva se han detenido toda clase de investigadores, policíacos o no, para diligenciar indagaciones sobre sus relaciones amorosas con Elvira, su hermana, o las vicisitudes de sus cincuenta y dos ejecuciones judiciales por deudas. En Silva cuenta más, a la hora de hacer su biografía, la vida de José Fernández, que las varias vidas de un muchacho bogotano que se suicidó a los treinta y un años, dejando como única herencia un puñado de versos y una novela.

Como es sabido, Silva (1865) nació en el hogar de un comerciante, rico gracias al auge que los artículos de lujo habían adquirido en una Santafé que desaparecía. Hizo sus estudios de primaria en un colegio privado, cuyos profesores o contertulios del propietario, eran los representantes de una literatura seminacionalista, interesada en encontrar el «verdadero» retrato del pasado nacional, frente a la novedad de las costumbres inglesas y francesas. *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia* (1886) de Gregorio Gutiérrez González, y los innumerables cuadros de costumbres de José David Guarín, Eugenio Díaz y el propio padre de Silva, fueron las contribuciones colombianas a una corriente literaria que conoció cumbres como *Martín Fierro* o *María*, verso y prosa donde una clase social latinoamericana veía la barbarie como su digno antepasado, frente a las literaturas de un Sarmiento o un Bello. Silva ha debido escuchar muchas de estas conversaciones, que debieron estar teñidas de ciertas consideraciones sobre lo que debía ser la nacionalidad y el futuro del país. No olvide el lector que José María Vergara y Vergara fue el autor de la primera historia de la literatura en Colombia, y el primero en tratar de dar una visión de las literaturas precolombinas. Allí, en el almacén de su padre, más que en la escuela de don Ricardo Carrasquilla, Silva debió aprender las primeras lecciones de patriotismo, un patriotismo más ligado a la tierra y sus siervos, que a los comerciantes, burgueses y obreros que conoció en Europa y que vislumbraría en ese Bogotá convulsionado de las administraciones de Núñez, donde todo germen de libertad se ahogó en una constitución dictatorial y ultracatólica. Desde su juventud, conoció Silva los dos polos de su vida, el dinero y los libros, y combatiendo entre estas dos fronteras moriría.

Algunos datos sobre la época aportan los críticos. Uno de ellos es la ausencia de una real vida infantil en Silva¹⁷, otro, el contraste entre los gustos literarios del padre de Silva y su propia casa, que al decir

¹⁷ «No hay duda que Silva volvía con deleite los ojos a la niñez; pero es sabido que él no conoció por propia experiencia los goces, las amarguras y las vivas emociones de esa edad rosada». Baldomera Sanín Cano. Poesía y prosa, ed. cit., 595.

de Alberto Miramón «era notable no sólo por la prestancia social y la indiscutida cultura y belleza de las personas que lo componían, sino también por el lujo y el refinamiento casi exagerados, o mejor dicho, por el boato excesivo. Allí los muebles, la vajilla, todo era extranjero»¹⁸.

La clase social a la que pertenecía Silva, la de los nuevos comerciantes, era retardataria en ideas y conceptos morales, pero no en cuanto a la buena vida, fenómeno que se repite en la historia de los pueblos, donde la nueva clase social que está surgiendo adopta primero el comportamiento de sus enemigos y sólo después se sacude de sus ideas. En toda América se vivió por esas épocas ese clima de opulencia entre los comerciantes, a pesar de que ellos fueran los más enconados enemigos del cambio social y fueran más que cómplices, coautores de los fracasos políticos por dotar a nuestras sociedades de formas de vida más liberales. Quizás por ello Cané no entra en contradicción con sus opuestos ideológicos. La diferencia entre un liberal bonaerense y un conservador colombiano desaparecía a la hora de comer: ambos prefieren, como todo el mundo, la buena mesa y los buenos vinos.

Al cumplir los dieciocho años (1883) Silva fue enviado a Europa a fin de estudiar las posibilidades de mejorar los negocios del padre, y quizás, en el fondo, para que el joven conociera en la fuente, los lujos y formas de cortesía en que vivía una ciudad tan alejada, en materia política y social, de las conquistas de la clase obrera francesa o inglesa. Los meses de Europa bastaron para que quien no había sido niño, quedara intoxicado no sólo de los refinamientos y los vicios parisinos, sino también de las ideas, que como un verdadero mal del siglo, circulaban por París, al son de las canciones de los anarquistas y revolucionarios. Es de suponer que Silva, como cualquier joven inteligente en cualquier época, con dinero o no, probara los placeres que depara París, así como sus miserias. Una prueba de esto tiene que ser, de alguna manera, su novela¹⁹.

¹⁸ Citado por EDUARDO CAMACHO GUIZADO: «La poesía de José Asunción Silva», Ediciones Universidad de los Andes, Bogotá, 1968, 16.

¹⁹ Sin fecha conservo este artículo de don Aníbal Noguera publicado en *El Tiempo*: «El testimonio lo encontré en una libreta de apuntes intrascendentes del poeta bogotano durante la permanencia suya en París. En su bella caligrafía, José Asunción registraba cotidianas minucias. Compra de libros, citas, alguna alusión a un viaje a Londres, marcas de corbatas y zapatos, y... como al desgairé una receta en español para la neurastenia nerviosa:

Arseniato de estriquina, 1 miligramo
 Extracto de belladona, 1 centígramo
 Valerianato de munia, 5 centigramos
 Extracto de genciana, C.-D.
 Hágase una píldora 3 ó 4 por día en tres veces.

A principios de 1885 regresa a Bototá para ayudar a su padre en la tienda, donde en medio de paños, lámparas, velas, etc., redactará algunos de los poemas que publicará un año después en *La libra nueva*. Su padre morirá en 1887 arruinado por la guerra civil de 1885. Y vendrá para Silva la peor época de su vida, si sumamos a las cincuenta y dos ejecuciones judiciales por deudas, la muerte de Elvira en 1891. Entre 1885 y 1895, en diez años, Silva escribirá los textos más dolorosos de su vida, y su tono cambiará de timbres a medida que se acerca a la muerte, a la derrota. Desde su regreso a Bogotá, la contradicción máxima en Silva serán los ideales de grandeza y la mezquindad del medio para conseguir dinero, en su período de nuestra historia que sólo ha vuelto a repetirse casi cien años más tarde en la administración López Michelsen, donde como entonces, sólo los muy ricos pudieron hacerse más ricos, mientras los medianos comerciantes y los pequeños industriales fueron absorbidos por la voracidad del capital financiero. Quien lea el extenso artículo del sobrino de Silva, Camilo de Brigard²⁰ sobre los fracasos comerciales del poeta, tendrá que concluir lo mismo. Todo recuerdo de los lujos que se daba Silva son pocos ante las contradicciones que vivía. Y cuando la ruina sea total, el estado le otorgará una mísera ayuda un empleo

Más adelante y casi con un objetivo hermético, probablemente para evitar el riesgo de alguna fisgonería, escribe en francés:

Mixture excitante

Eau distillée de Melisse, 200 grammes
Tinture de coca, 30 gram.
Citrate de caféina, 0,50 cents.
4 cuillerees par jour.

El vademecum voluptuoso no queda en la simple excitación. Para su apetencia sensitiva no le bastó al poeta una sola fórmula y consigna igualmente en francés:

Aphrodisiaque

Phosphore, 10 centigrame
Ext. Noix Vomique, 1 grame
F.S.A. o pilules
1 avant chaque repas

Aphrodisiaque

Acide hypoplaophorique, 30 gram
Sulfate de strychnina, 5 cts
Dix gouttes 3 fois par jour avant les repas dans une cuillereec a cafe d'extrait fluide de coca.

Las recetas de José Asunción.

²⁰ Colcultura, 534.

diplomático con mísero sueldo, y cuyo jefe de delegación, como sucede aún hoy, no sabía ni hablar. Las circunstancias de su fracaso diplomático son conocidas, así como las del naufragio del *Amerique*.

La vida en Caracas volvió a abrirle una ventana donde creyó respirar de nuevo. Las gentes cultas le recibieron con entusiasmo, las mujeres lo halagaron, las revistas le invitaron a colaborar. «Aquí me han recibido, —escribía a Emilio Cuervo Márquez en 1894²¹—, como no merezco; no sé como hacer para devolver atenciones y bondades y fiestas. El país va bien, rebosa en oro, tiene el sentimiento del arte y adora la buena literatura. En Bogotá hay muchos que creen lo contrario en lo referente a los dos últimos puntos; pues bien, están equivocados de medio a medio...». La muerte de Núñez y el ofrecimiento de Miguel Antonio Caro de un puesto mínimo en Guatemala hizo regresar a Silva a Bogotá.

Volvió con nuevos bríos y trató de poner en marcha una fábrica de mosaicos. De nuevo fracasó. Nadie quiso creerle, a pesar de los esfuerzos que hizo por ocultar su condición de poeta. En la carta abierta a doña Rosa Ponce de Portocarrero, publicada en la *Revista Gris*, renueva su desprecio por lo que se consideraba la vida práctica:

«Es que usted y yo, más felices que los otros que pusieron sus esperanzas en el ferrocarril inconcluso, en el ministro incapaz, en la sementera malograda o en el papel moneda que pierde de su valor, en todo eso que interesa a los espíritus prácticos, tenemos la llave de oro con que se abre la puerta de un mundo que muchos no sospechan y que desprecian otros; de un mundo donde no hay desilusiones ni existe el tiempo; es que usted y yo preferimos, al atravesar el desierto, los mirajes del cielo a las arenas movedizas, donde no se puede construir nada perdurable; en una palabra, es que usted y yo tenemos la chilladura del arte, como dicen los profanos, y con esa chilladura moriremos»²².

No ha de creerse, sin embargo, que Silva había aprendido a despreciar sólo los gestos de una burguesía reaccionaria hasta la médula, sino que comenzó a tomar partido por los propulsores del cambio, que serían derrotados en la Guerra de los mil días, la pérdida de Panamá y la muerte de Rafael Uribe Uribe. En un artículo titulado *Este extraño José Asunción Silva*, de don Anibal Noguera²³, sabemos de la militancia política de Silva:

«Una sospechosa tradición oral dice que el poeta ejerció la secretaria del comité central (para utilizar un término sindicalista de actualidad) de los *Centros Mutuarios*, herederos de las Sociedades Democráticas y considerados subversivos por el gobierno de entonces. Lo que no entra en el terreno de las

²¹ *Ibid.*, 505.

²² *Ibid.*, 298.

²³ *El Tiempo*, septiembre 22, 1978.

suposiciones es la participación que tuvo en el grupo de jóvenes deslumbrados por la inteligencia y el coraje de Rafael Uribe Uribe, a quienes rodearon y alentaron durante su brillante gestión parlamentaria. Simpatía doctrinaria que terminó en una estrecha amistad. Así consta en dos cartas suyas, conservadas por el distinguido historiador don Rafael Serrano Camargo (diciembre 2, 1892 y junio 7, 1893).

«Con pulcra caligrafía, pareja y segura, José Asunción reitera su solidaridad con el extraordinario antioqueño. En un momento le salta el sarcasmo que lo identifica: “¿El estómago se decide a elaborar todos los ácidos necesarios para que las digestiones se hagan como las de un Regenerador?”, escribe con el aire zumbón que acostumbra. En esas calurosas cuartillas sabemos de su camaradería con Luis A. Robles, del aprecio para don Fidel Cano, de la admiración por Renán, del fastidio que le producían los fanáticos y fariseos y, de manera especial, conocemos el espíritu que animaba “el grupillo que comió con usted aquella tarde”. ¿Quiénes? Tal vez Juan Evangelista Manrique, Laureano García Ortiz, Max Grillo, Enrique Villar, los Arias Argaez, Rivas Frade... Ni escatima, tampoco, elogios entusiastas para el corresponsal en Medellín: “el apretón de su mano no se olvida, el contacto con su naturaleza varonil y noble deja una impresión confortable en estos tiempos de vulgaridad y canallería”.

«Al anunciar recibo del libro con los discursos de Uribe en el Congreso, la admiración se le exalta: “voy a leerlos seguro de encontrar más ideas en esas 321 páginas que en diez tomos de literatura corriente”.

«Pero todo no iba en crónicas y gentilezas. José Asunción se encontraba en plena crisis y hace algunos comentarios claves sobre el drama en el que estaba de protagonista. En un aparte confiesa: “¿Qué nos importa que el público nos aplauda o nos silbe si logramos hacer vivir así en nosotros mismos dos individualidades, la una que lucha contra las realidades y la otra que se complace en el arte?”. Corrobora así el “parrandeo” (la expresión es de Silva) que hacía de sus ocupaciones a fin de dedicarse a *Gotas amargas*, a los *Cuentos negros* y a las traducciones de Anatole France; con lo cual echó mano del único recurso inembargable que poseía y que, además, no le interesaba a sus acreedores: el talento unido a la vocación artística.»

V

Gracias a las investigaciones de Héctor Orjuela y a las notas y variantes de la edición de *Obra completa* de la Biblioteca Ayacucho de Caracas²⁴, tenemos información de las fechas en que fueron redactados o publicados los poemas de Silva. Lo que nos permite hacer una lectura diacrónica, donde sea posible rastrear los motivos que interesaron al poeta en los distintos períodos de su vida.

De los casi cien textos que se recogen en las ediciones mencionadas, sólo veintidós, («Las golondrinas», de P. J. Berenger, 1882; «La roca», de Maurice de Guerin, 1883; *Encontraras poesía*, 1884; «Realidad», de Víctor Hugo, 1885; *Crisálidas*, *Ars*, *Voz de marcha*,

²⁴ «Intimidades», Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1977; «Notas y variantes», Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977.

Estrellas fijas, El recluta, Resurrecciones, Obra humana, La calavera, A Diego Fallon, A un pesimista, 1886; Taller moderno, 1887; La serenata, 1888; Los maderos de San Juan, 1892; Nocturno, 1894; «Las voces silenciosas», de Lord Tennyson, 1893; Sinfonía color de fresas en leche, 1894; Paisaje tropical, 1895 y Al pie de la estatua, 1895), se publicaron en vida del poeta.

Silva se inició haciendo traducciones, como era costumbre en un país de tradiciones clasicistas, donde cada pueblo tenía un hombre que intentaba su versión de Virgilio u Homero. Los autores por los cuales se interesaba, eran, en su mayoría, más del gusto de los editores que de él mismo. En ellos predomina el sentimiento romántico, la oposición virgiliana entre el campo y la ciudad.

Frente a un París sombrío, en Soloña²⁵ quien busca la musa encontrará bosques, mañanas, historias contadas por viejas, elfos, ninfas, hadas, gnomos, faunos y duendes. Los pájaros, como las golondrinas de Beranges, pueden volar y ver el mundo desde lo alto, en oposición al hombre del diecinueve. En la roca de Guerin, un desconsolado establece un diálogo con las piedras y las aguas. Las más interesantes de éstas traducciones son *La góndola negra*, de Salustri, una balada que narra la historia de dos amantes que se ahogan asidos de las manos, y *Realidad*, de Hugo, que postula la igualdad de la naturaleza humana, y por ser el seguro antecedente de *Egalité*, vale copiar:

Naturaleza es una dondequiera
en Japón o en Gonesá. Las distancias
suprime y son lo mismo Triptolemo
y Dombasle; la toga y las enaguas.

Lavalliere con su Luis, entre la regia
carroza blasonada,
es tan feroz cual la chipriota Venus
en el capullo de la concha blanca.

.....
No hay nada bajo para nobles almas.
En Poestum se convierte en hipo triste
la risa de Sileno, a Priapo canta
Horacio, y cruza Botton, el grotesco,
de Shakespeare por el drama.

Su más antiguo poema debe ser *Las ordinas*, de agosto de 1880. Tiene un epígrafe de *La luna* de Diego Fallón y su asunto es la supuesta resurrección de las almas en la hora más cercana al amanecer. Dos de sus poemas de esa época, cuando tenía dieciséis años, son amorosos: *Sub-umbra* y *Suspiros*, dedicados a una dama cuyo

²⁵ Colcultura, 8.

nombre permanece en la incógnita, y confirman a la amada que guardará, más allá de la tumba, su memoria.

Desde los primeros poemas, Silva insiste en dos temas que desarrollará posteriormente con acierto: la vida como dolor y la pugna entre la realidad y el deseo. Los ejemplos se multiplican en *Fragmento*, de Víctor Hugo, *Realidad. Paseo por las rocas*, de Víctor Hugo, *Lied* y *¿Recuerdas?* Así como el tema del paso del tiempo, de la durabilidad de los objetos frente a la vida. En *La ventana*, como en *Vejez*, varias generaciones se han visto, pero ahora nada hay, en ellos, que los recuerde:

¡Pero no, ni las sombras le han quedado
de los que vió perderse en el pasado!

.....
¡Ay! todo pasará: niñez risueña,
juventud sonriente,
edad viril que en el futuro sueña,
vejez llena de afán...

Otros dos, *Luz de luna* y *La abuela y la nieta*, por las mismas fechas recrean dos motivos sobre los que volverá, unas veces con ironía, otras con nostalgia. El primero cuenta la historia de una mujer que vió morir a su amante pero al año siguiente, frente a la vida, los vales y la noche clara, olvidó el recuerdo del intenso amor que había vivido; el segundo, el tema del paso del tiempo, en el espejo doble de la anciana y la niña, preludivando *Los maderos de San Juan*:

Cuando la niña traigan los amores,
Enjambres niveos de ilusiones gratas
En los días de sol, ramos de flores
Y en las noches de luna, serenatas.
Cuando abra a los placeres la pupila
En brazos de la sombra y el misterio
La pobre anciana dormirá tranquila
En cristiano y santo cementerio.

Estos ejemplos bastan para percibir las preocupaciones iniciales de Silva. Luego de las lógicas iniciaciones románticas, irá pensando la tristeza del mundo y preguntándose por la imposibilidad de realizar los deseos, y constatando como la vida es pasto de la muerte. Ni el amor es júbilo para él; la muchacha que olvida con facilidad al amado, es el reclamo de un joven por entender el ideal moral frente a los hechos de la vida. Ya están en Silva los elementos que lo harán perdurable: nostalgia del pasado, descreimiento de las formas de vida que le son contemporáneas; sospecha, de que los mejores no lo son, ciertamente.

Se ha dicho que Silva no tuvo infancia²⁶. Mejor será decir que fue una infancia desdichada. Este niño que no vivió los habituales vaivenes de la edad, escribió un poema donde al evocar lo desconocido hizo el retrato, eso es *Infancia*, de una edad de supuesta felicidad, donde la dicha es más breve que nunca. Escrito cuando tenía dieciocho años, indica que Silva no vivía un presente feliz:

Cómo es de dulce en horas de amargura
Dirigir al pasado la mirada
¡Y evocar tus memorias!

La desdicha hiriendo su juventud, de la que poco sabemos.

Silva regresó a Bogotá en 1885. Unos meses después, entrado el año siguiente (1886) aparecerían en distintas revistas algunos de los poemas que sin duda compuso durante sus viajes y que darían a Silva el prestigio de que gozo en vida. En tres grupos pueden dividirse, incluyendo los que sólo se conocieron después de su muerte, pero que les son afines: el primer conjunto lo formarían *Crisálidas* (1886), *Resurrecciones* (1886), *Obra humana* (1886), ...?... (1898) y *La respuesta de la tierra* (1908). Silva se pregunta por el destino del hombre después de la muerte:

al dejar la prisión que las encierra
¿qué encontrarán las almas?

(*Crisálidas*)

¿Qué somos? ¿A do vamos? ¿Por qué hasta aquí vinimos?

(*La respuesta de la tierra*)

¡Estrellas, pupilas inciertas!
¿Por qué os calláis si estáis vivas
y por qué alumbráis si estáis muertas?

(...?...)

Interrogantes de un Silva dudoso de las explicaciones de la fe, partidario de preguntar más a la anturaleza que a la divinidad («Como naturaleza, / cuna y sepulcro de las cosas»)²⁷. El otro texto es *Obra humana*: el hombre transforma el mundo y niega la divinidad.

El segundo conjunto lo componen *Ars* (1886), *Convenio* (1886), *Un poema* (1898) y *La voz de las cosas* (1908). En el verso, como en un cáliz, el poeta debe poner las tristezas del paso por el mundo, los mejores recuerdos del pasado y la belleza, a fin de que la existencia «miserable» alcance a vislumbrar un poco de felicidad. La musa le recrimina por estar cantando siempre asuntos tristes y le invita a volver al campo, como antes: «Si me das mariposas te daré rimas», le dice. Des-

²⁶ Ver cita 17.

²⁷ Colcultura, 62.

pués de buscar los mejores metros y temas para forjar un poema, después de realizarlo, lo muestra a un crítico que lo lee seis veces y le responde «no entiendo». En *La voz de las cosas* quiere asir los sentimientos grises, los sueños confusos y ponerlos en el poema. Formulaciones de una poética que no logró realizar.

El tercer grupo reuniría los textos que «sugieren los aspectos precisos de la realidad»²⁸; *El recluta* (1886), *Serenata* (1888), *Nocturno* (1892), *Al pie de la estatua* (1895), *Vejece* (1898) y *Día de difuntos* (1904). Tres de ellos, *Nocturno*, *Vejece* y *Día de difuntos*, quizás junto a tres o cinco más, lo mejor de su obra. Este conjunto que llamaré realista da razón de un Silva interesado en retratar sus asuntos: ese es el rasgo que mejor define estos poemas, por otra parte, víctimas de cientos de interpretaciones. El más antiguo del grupo, *El recluta*, escrito o publicado cuando tenía veinte años, nos deja un testimonio de la vida y la muerte de los soldados durante las guerras civiles:

Los soldados que seguían
 en titánicos esfuerzos,
 de Egipto a los arenales
 y de Rusia a los desiertos,
 al hombre de ojos de águila
 y de caprichos de hierro,
 tenían tras el reñido
 batallar, largo y supremo,
 en cada voz un halago,
 en cada mandato un premio.
 Mas del capitán Londoño,
 que fue su jefe en el Cuerpo,
 sólo conoció dos órdenes
 de detención y de cepo,
 un planazo en las espaldas
 y el modo de gritar: «¡Juego!»,
 hasta la tarde en que, herido
 en el combate siniestro,
 cayó, gritando: «¡Adiós, mamá!»,
 el pobre recluta muerto.

La poesía erótica de Silva sólo vino a conocerse después de su muerte, con la publicación de *Gotas Amargas*. Leídos cronológicamente, no como Silva seguramente los escribió, sino como se fueron publicando, el panorama es desolador: de la pasión juvenil y el ardor amoroso hasta llegar, con la más dura de las muecas, a las enfermedades venéreas. Quizás en estos poemas esté mejor ejemplificado el odio que sentía Silva por las costumbres morales, contra la doble moral del burgués bogotano. Batalla que no terminó con su muerte sino

²⁸ *Ibid.*, 298.

que continuaría hasta 1951, cuando se publicó el último poema de esta índole que se conoce. La moral bogotana sólo pudo soportar, públicamente, *Enfermedades de la niñez*, medio siglo después de la muerte del poeta.

En estos textos, Silva no hace otra cosa que burlarse del candor de las jovencitas bogotanas, de su hipocresía, y crea el retrato de las «inocentes» burguesas. Ejemplar es *Sus dos mesas* (1908): la muchacha soltera está sentada frente al tocador, donde reposan los perfumes, las esencias, las flores, los diamantes y la carta de amor que ha dejado para irse de baile; luego la veremos, casada, con un biberón entre las manos, frente a la vela que lleva ardiendo horas, rodeada por las tijeras, los frascos medicinales, un libro de oraciones, un reverbero, un chupo y un pañal. Tal es el realismo del poema que comentarlo es ocioso. Otro tanto puede decirse de *Nocturno* (1908) donde el poeta pregunta a la apasionada que quiere hacerse la inocente, si frente al hombre que despierta sus ardores, se resistiría. En *Lentes ajenos*, tenemos otro cuadro ejemplar: el fulano que anda aparentando grandes amoríos, pero cuyas Julias, para este criollo son unas *boyacenses*:

Y así pasó la vida entre los sueños
y llegó de ella al fin
dejando tres chicuelos y una esposa
que fue muy infeliz.

VI

El Silva que he querido rescatar en estas páginas, no es precisamente el poeta de una gran obra, sino la figura de un intelectual rebelde en un país de extremados conservadurismos. Los apologistas de su famoso *Nocturno* (1892) ha pretendido mostrarnos un hombre reaccionario y diletante, que no sabía lo que hacía.

Silva hace honor, con una obra tan escasa y tan débil, a la tradición que inauguraron los grandes poetas hispanoamericanos a finales del siglo diecinueve. Su odio contra el burgués, contra su ideología y modos de vida, le hicieron perder económica y socialmente su derecho de ciudadanía. Su actitud irónica, frente al mundo que le rodeaba, nos deparó uno de los mejores frescos de la doble moral de los bogotanos de entonces. Silva es el primer poeta que podríamos llamar *colombiano*.

Harold ALVARADO TENORIO
Marymount Manhattan College
New York
(EE.UU.)